

Núcleo de un drama, o ciclo de dramas, que acaso quedaron en el hondo abismo del olvido. La pura enumeración de temas nos hace ver la posibilidad de todo un tratado de exposición. A la nuestra sobria vamos a proceder ahora.

Aún conviene para la inteligencia de lo dicho y de lo que ha de decirse, hacer un resumen de los actos con que se celebraba la fiesta de cada ocho años, en la llamada *Atamalculiztli*, o también *Atamalculoyan*, por los tamales sin condimento ni sal que en esos días se comían.

Siete días de ayuno de todo condimento y de abstinencia sexual se guardaban antes de la festividad.

En ella se celebraba el renacimiento del Maíz, en su forma divinizada, o sea, con nombre náhuatl, de Cinteotl.

Un acto de importancia era el baile general de los dioses, representados por personas que vestían sus insignias distintivas. El texto dice para designar este acto *teteu itotilo*; "el tiempo de bailar de los dioses".

Muy importante era la representación con disfraces, en que se presentaban con atavíos de colibrí, mariposa, abejón, mosca, pájaro, escarabajo, y otros más (*huitzitzilin*, *papalotl*, *xicotli*, *zayoli*, *tototl*, *temolli*, *tecuilaololo*). Más rara es otra clase de disfraces: "de sueño, con tamales de frutos como collar, con collares de carne de gallina" (*cochiztli ixocotamalcozqui*, *totolnacatl incozqui*).

Había al fin quien se presentara con disfraz de "pobre, vendedor de legumbres, vendedor de leña" (*motolinia*, *motequi-*

*quilmaquila*, *motecuacuamaquila*), o de leprosos (*teucucuxqui*). La más bizarra manifestación era la de "aves, buhos, lechuzas" (*totome*, *teculotl*, *chichitl*). ¡Un verdadero carnaval con sus farsas y sus regocijos populares que Sahagún recogió diligente en el Apéndice a las Fiestas!

Una de estas extrañas diversiones era el engullimiento de culebras acuáticas y ranas vivas que hacían los habitantes de un barrezuelo del sureste de Tenochtitlán, llamado Mazapán, o Mazatlán. Nada tiene que hacer en este lugar el lejano Mazatlán de la tribu mazateca, como pensó Selser.

Todo llegaba a su fin con un reparto de tamales de fruta, con que el rey agasajaba al pueblo, eso tras una larga procesión que daba cuatro vueltas al templo mayor.

En la fiesta como se puede advertir, por estos ligeros rasgos que pudieran ampliarse sin medida, había una rememoración de hechos sacros en diversas fases. La renovación del maíz, la celebración de un rito misterioso del cielo, la lucha por la obtención de la vida y el final triunfo, son de los aspectos que veremos en el poema más o menos indicados, con claridad a veces, otras entre penumbras.

\* Informantes de Sahagún, 2, *Veinte Himnos Sacros de los Náhuas* (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl). Los publica en su texto, con versión, introducción, notas de comentario y apéndices de otras fuentes, Angel M<sup>o</sup> Garibay K. Seminario de Cultural Náhuatl, Instituto de Historia, UNAM, México, 1958. 277 pp.

## AUTOBIOGRAFIA

CONVIENE, por lo pronto, no hacerse muchas ilusiones sobre el valor filosófico de una autobiografía, y no, desde luego, por tratarse de la propia —modestia de buen gusto—, sino porque, en general, la filosofía y la autobiografía parecen rechazarse como los dos polos de la verdad —o del error dirán algunos—, y de la insignificancia — dirán casi todos. "¿Qué ganamos con añadir vanidad al error?", sentenciaba Hegel en su *Fenomenología del espíritu*.

Entre las ideas de un filósofo y su vida no hay más que relaciones equívocas, son dos mundos que se tocan sólo por accidente, por un *malentendu*, para confusión. Se cuenta de Kant que era exacto y puntual hasta la pedantería; pero lo que nos importa es que su filosofía sea exacta y puntual, no su vida; pues tan concebible y real es en un pensador puntual un pensamiento inexacto, como en un hombre de vida desordenada, ideas exactas y precisas. La fealdad de Sócrates convive con la belleza de su pensamiento, a menos que se diga que era bello *interiormente* para salvaguardar a toda costa la anhelada correspondencia.

No hay paso de la idea a la vida, todo contacto produce un corto circuito y como resultado la oscuridad. Las cualidades de un sistema filosófico, como la coherencia, la fundamentación, la profundidad se predicán *también* de la persona del pensador y las crisis coincidentes de un pensamiento, y de una vida suscitan la ilusión de ser homogéneas. Pero nada autoriza esta suposición. Poner en crisis un pensamiento y vivir en crisis no tienen en común sino la palabra crisis.

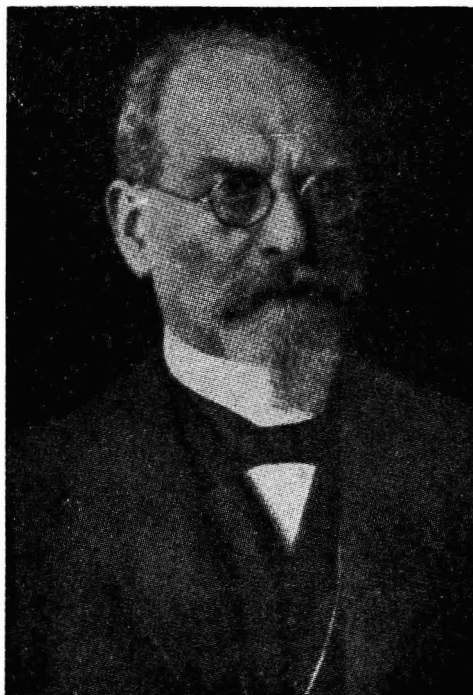
El 25 de septiembre de 1906, Edmund Husserl escribía en su diario: "Mencionaré la tarea que a mi parecer tengo que resolver en primerísimo lugar, si es que he de seguir llamándome filósofo. Me refiero a una *Crítica de la razón*. Una crítica de la razón lógica y práctica, axiológica en general. Sin haberme aclarado en sus grandes rasgos el sentido, esencia, métodos y perspectivas capitales de una crítica de la razón, sin haber esbozado,

## Y FILOSOFIA

Por Emilio URANGA

fijado y fundamentado, sin haber pensado hasta lo último sus contornos generales, no puedo real y verdaderamente vivir. Las torturas de la falta de claridad, de un dudar zozobante, las he sufrido hasta saciarme. Tengo que alcanzar cierta firmeza. Sé que me empeño en algo grande, muy grande, sé que enormes genios han fracasado en estas bregas, y si me diera por compararme con ellos, tendría de antemano que desesperar..."

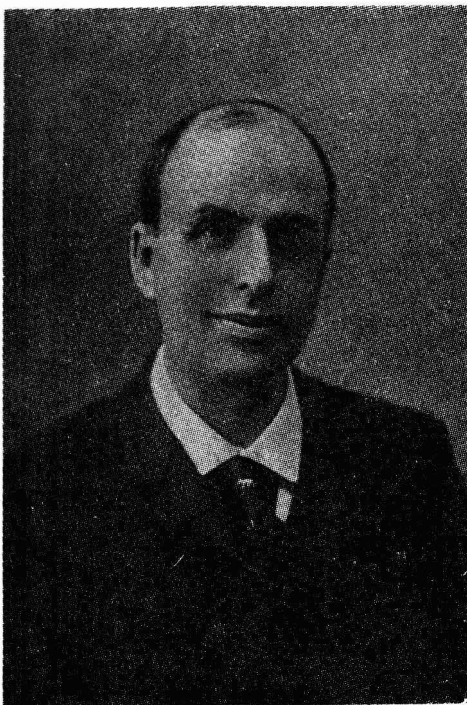
He aquí, sin duda un documento autobiográfico. A primera vista no hay más paisaje que el de un alma atenazada o torturada por la falta de claridad, zaran-deada por una duda zozobante y confe-



Edmundo Husserl

sando que sin resolverla no puede real y verdaderamente vivir, y que su víctima no merecería el título de filósofo. Podríamos completar los datos que nos aporta la carta con lo que nos dicen sus biógrafos. En ese año cumple Husserl los cincuenta, tiene detrás una de sus obras capitales —*Las investigaciones lógicas* (1900)—, es profesor de filosofía después de haberlo sido de matemáticas, jefe de una escuela prestigiosa... y tal señor, a esa edad vive en crisis, y se pone a pensar en serio en abandonar su cátedra de filósofo, retornar a la de matemáticas, o dedicarse, dice con toda seriedad, a redactar manuales *aprobemáticos* de lógica elemental para los alumnos de la *Realschule*, siguiendo el consejo de su admirado Bolzano, para quien la lógica es en último término "la ciencia que nos enseña cómo exponer las ciencias en tratados adecuados".

La *crisis* de Husserl terminó, como los cuentos de hadas en un desenlace feliz. El filósofo hincó su poderoso instrumento de análisis en los fenómenos que le eran poco claros, arbitró para resolverlos el famoso método de la *reducción*, y pudo continuar sus reflexiones y sus clases casi hasta el final de su vida "en la tranquila ciudad de Friburgo"... y sin embargo no es esto lo que importa. Lo que real y verdaderamente nos llama la atención de Husserl es que la *crisis* de que aquí habla no es una *crisis* vital, sino estrictamente filosófica que encontró sus vías de superación en su propio elemento, aunque, y esto también es filosófico, tal crisis está dicha en términos vitales, familiares, entrañables. Un aforismo de Hegel, de la época de Jena, precisará lo que queremos insinuar: "La mujer del campesino vive en el círculo de su *Liese* — su vaca preferida, y de sus terneras negras y pintadas; vive también en el mundo de su hijo Martincillo y de su Ursula, la sirvienta. Para el filósofo son tan familiares, como las vacas para la campesina, la infinitud, el movimiento, las leyes sensibles, etc. Y así como la mujer del campesino habla compungida de su hermano y de su difunto tío con todos sus pelos y señales particulares, así también habla el filósofo de Platón, de Spinoza, etc. Tanta realidad tienen aquéllos como éstos,



Marcel Schwob

aunque estos últimos los aventajen en eternidad.”

En el filósofo de casta las ideas están cargadas de vitalidad, de familiaridad, va en ellas. En la obra de Husserl abundan las llamadas al yo, a la responsabilidad individual. “*De tua res agitur*”, dice en el apéndice a sus *Ideas I*, apostrofando, amonestando, como si se tratara de una carta personal dirigida a un discípulo “existencial” al que instara a *s’engager*. Pero ¿debemos dar más que un valor retórico a tales procedimientos? Basta abrir el *Discurso del método* de Descartes o la *Reforma del entendimiento* de Spinoza para topar con semejantes giros persuasivos. ¿Existencialistas *avant la lettre*? En modo alguno. Simple y llanamente filósofos, grandes filósofos artistas que se han percatado de la eficacia que entraña *estilizar autobiográficamente la filosofía*, modularla con el sabor de una confesión, de un testimonio personal, auxiliados por esa concreción que como dice Hegel, tienen las ideas en esos pensadores. Nada tan cercano a la ilusión de la vida, como la vida personal, nada que procure la sensación de que no se vive entre abstracciones como personalizar las ideas, revestirlas de las formas de una vivencia personal, de una crisis individual, incanjeable, dramática, patética.

Porque por un momento “pongamos entre paréntesis” la personalidad de Husserl como pensador y enfrentémonos a las líneas de su diario como si se tratara exclusivamente del documento autobiográfico de un hombre cualquiera. ¿Tienen algún valor? Tal vez. Quizá hallarían su lugar en libros como los de la señora Charlotte Bühler, *El Curso de la vida humana como problema psicológico*, o en otros semejantes, pero no en la historia de la filosofía. No serían estilizaciones autobiográficas de un pensamiento, sino simple y llanamente autobiografía, documento, encuesta, *test*, anónimo, para más, o firmado por un sujeto insignificante. En cambio sabiendo que se trata de unas líneas de Husserl la cosa cambia. Su valor lo reciben de quien viene, el pensamiento del filósofo es la mejor de las recomendaciones para todo lo que quiera decirnos bajo la forma de autobiografía, en cartas, en confesiones, en conversacio-

nes, en entrevistas, o en sus propios tratados estrictamente filosóficos, como en el caso de Descartes y de Spinoza. Ante todo porque ese pensamiento existe, pues no nos las habemos con “sistemas imaginarios”, con biografías de un pensamiento inconsistente, o que se ha perdido, o que nunca se formuló, o que es insignificante.

El biógrafo nato no repara quizá en el valor del personaje sino en el interés de la vida misma. Pero en estos extremos la biografía vale exclusivamente por efecto del biógrafo. Recuerdo la biografía de un pillo londinense escrita por el doctor Johnson, o la del soldado don Alonso de Contreras tan loada por don José Ortega y Gasset. ¿Qué importa en este caso la obra objetiva que no existe? Pero tratándose de filósofos la cosa cambia. Husserl

es ante todo las *Investigaciones*, las *Ideas* tan reales como las *crisis* de su vida personal, pero como dice muy juiciosamente Hegel, con la ventaja de su *eternidad* o de su pervivencia, si es que no se quiere ser tan solemne como el profesor de Jena.

En sus *Vidas imaginarias*, Manuel Schwob agudiza muy irónicamente la situación que aquí debatimos. “He rebuscado”, viene a decirnos —cito de memoria—, “toda la filosofía de Aristóteles y no he podido dar con la clave, o desentrañar su misterio.” ¿Del pensamiento de Aristóteles, de la esencia de la metafísica?, nos preguntamos. “¡Oh, no!”, contesta displicente Schwob. Lo que ningún bigrafo, escoliasta, o intérprete de Aristóteles ha logrado aclararme es porque se hallaron en su cuarto, al morir, innumerables vasijas de aceite de Lesbos!”

## C I R O A L E G R I A : D E L A S E R P I E N T E D E O R O A E L M U N D O E S A N C H O Y A J E N O

Por E. S. SPERATTI PIÑERO

DE LA PRIMERA a la última de las novelas de *Alegría*, el tema central es el hombre, indio o mestizo, del Perú. Encaradas desde este punto de vista, pueden considerarse bajo el rótulo general de novelas indigenistas. Pero la forma de tratar el tema varía, lo mismo que el tono y la intención.

*La serpiente de oro* (1935), fundamentalmente poemática, exalta a los balseros del Marañón, cuya vida y cuya muerte depende por completo del río bienhechor o despiadado, verdadero símbolo del destino. “¡Nuevo Dios!”, lo llama el cholo narrador. Y como a Dios se le dirigen los hombres que trabajan en sus orillas o en sus aguas:

*Río Marañón, déjame pasar;  
eres duro y fuerte,  
no tienes perdón.  
Río Marañón, tengo que pasar:  
tú tienes tus aguas,  
yo mi corazón.*

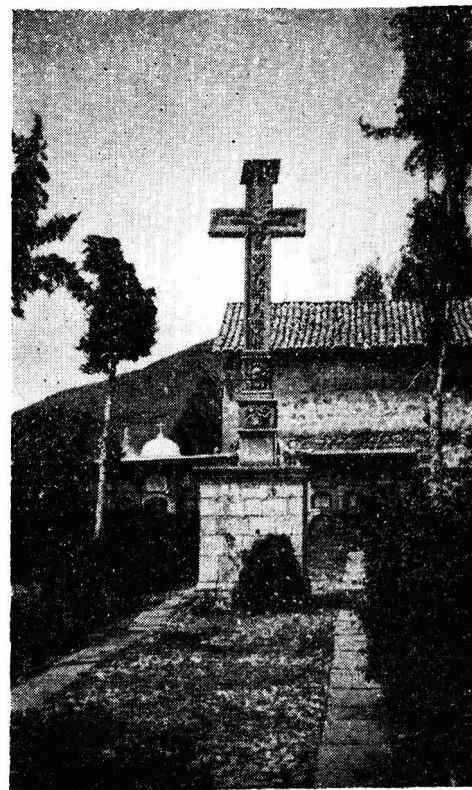
Pero el hombre, que conoce por experiencia el poder del río, que lo respeta y lo teme, sabe decir también, como lo muestra la segunda parte de la copla, su voluntad inquebrantable.

Su vida es de lucha, pues. Lucha constante con la corriente que ahoga y destruye. “Pero los cholos” son “de la corriente más que de la tierra” y, según la afirmación de uno de ellos, “no le juimos porque semos hombres y tenemos que vivir comues la vida”. Y si se muere, “¿qué más da?” Fatalismo, sin duda, al cual un héroe sencillo, ingenuo e inconsciente de su propia grandeza trasmuta en acción y en trabajo, en generosidad y en amor. Porque en esos “valles... la vida es realmente tal”.

Junto al río, hasta los señores parecen amansados. Así don Juan Plaza, hacendado de Marcapata, hospitalario e hidalgo, quien tiene “para los forasteros una cordialidad ancha y firme” y por el cual

la mirada de sus criados destella de fidelidad “atenta, solícita, inclinada y rendida”. Junto al río, los forasteros que llegan de Lima con ambiciones de dominio e ideas de superioridad, como don Osvaldo, suelen perder algo de su carácter. El río de oro puede también frenarlos definitivamente en su ímpetu conquistador encarnándose en la amarilla intiwara, cuya mordedura quita en segundos la vida, orgullo y ambiciones. El río, símbolo ahora de la antigua deidad serpentina del Incario, mata a quien quiere domeñarlo y quiere domeñar también a sus hombres por afán de codicia.

Otros peligros hay por las cercanías del Marañón. Peligros apenas señalados,



Cementerio del Cuzco